

CAPÍTULO VII.

Pocas veces en el mundo se habrá visto un reo de muerte como Illán, que aceptase con tanto gusto el sacrificio y con tanto disgusto el perdón. A su perspicacia no se le podía ocultar cuanto pasaba lejos de allí, ni mucho menos cómo su cabeza iba de un lado á otro cual despreciable pelota jugada en las intrigas del serrallo, y en los empeños de aquellos febriles y desatentados amores que solían reinar por las sensuales cortes de los monarcas africanos. Si no hubiera su penetración adivinado lo que ocurría, hubieranlo adivinado sus celos. Así, cuando cesaba el tormento continuo infligido por aquellos terribles sayones de las mazmorras granadinas y se veía sonreír algún asomo de misericordia y algún vislumbre de perdón, Illán se desesperaba presintiendo el subido precio á que se había pagado aquel terrible favor. Inútil, pues, decir cómo se holgaría su ánimo y se avivarían sus esperan-

zas al ver alzarse un cadalso para castigar, según sus inducciones propias, no tanto el crimen de la rebelión en él, como el crimen de la resistencia en Zoraya. La muerte le pareció un bienhadado presente, puesto que indicaba la pureza inmaculadísima de aquella mujer tentada por todos los halagos del haren y leal á su religión, á su patria y á su amor. Cuando le indicaron que se aparejase al trance último, examinó la conciencia con toda escrupulosidad, confesó mentalmente con toda exactitud las faltas de su vida, reconcilióse fervientemente con su Dios, y ofreció su tránsito del mundo este al sobrenatural y divino, en holocausto para la prosperidad y para el bien de todo cuanto amara sobre la tierra. Lo firme de su paso, lo erguido y sereno de su frente, lo reposado de su respiración, la sonrisa de sus labios en el camino bastante largo desde las honduras del calabozo al patio donde había de consumarse inmediatamente aquel suplicio, toda la prestancia de su quieto y tranquilo sér, completamente resignado á perder la vida en tan temprana edad, todo revelaba un mártir purísimo de la fe y del amor que al martirio se acercaba sin miedo, pero también sin jactancia. ¿Cuál no sería su asombro, cuando llegó, y subido al tablado, la última oración dicha, plegadas ya las manos por los cordeles sobre la espalda, tendida la cabeza en el tajo, para que la cercenara el verdugo presente allí con su cuchilla en las manos, abrióse una puerta conducente á larguísima galería y en el término de aquella galería

vió pasar á Isabel alzando sus brazos como si en pos de algún objeto se lanzara, y después entrar á Venegas devolviéndole aquella vida que ya no quería para nada, y dándole un perdón detestable á su voluntad y á su conciencia? Toda la calma que había tenido mientras creyó segura la muerte, perdióla por completo al saber que solo era seguro el perdón. Aquel cambio de suerte, aquel paso de Zoraya, la sonrisa infernal con que Venegas el renegado le había devuelto la vida, conmovieronle de modo, que volviéndose al verdugo le dijo cómo necesitaba que se cumpliera la sentencia, y por lo mismo le pedía que su terrible ministerio ejerciera en aquel instante, resuelto como estaba en su voluntad inquebrantable á no admitir el perdón traído por el infame renegado.

No le valieron tales súplicas y se decretó implacablemente la vida, por los mismos caprichos y voluntariedades que antes se había decretado la muerte. Illán, tenaz y porfiadísimo á fuer de buen castellano, insistió una y otra vez con el verdugo para que lo rematase allí mismo, pues había pasado por todos los horrores de la más terrible agonía, y no contaba ni quería contar ya con la vida. El verdugo parecía como de piedra según lo inmóvil en su puesto y según lo sordo á los clamores de aquella víctima que pedía la muerte; pero Venegas, en cambio, rencorosísimo de suyo y deseoso de tomar algún desquite por las injurias que á su rostro escupiera en la postrimer entrevista Illán, díjole

que viviera contento, pues ya podía comprender á cuánto y cuán caro precio se había pagado su vida. Tras este insulto, verdaderamente horroroso, á cuanto había el joven amado en su tormentosa existencia, tras esta confirmación de los terribles reuelos que le atormentaran el corazón y la conciencia, viendo precipitarse desde los celajes de la bienaventuranza donde había creído llegar con ella por el martirio la mujer amada en brazos de un torpe infiel, y en los placeres de un serrallo infame, dolióse por tal manera de su terrible suerte y cayó con horror tanto en aquella sirte de crueles desengaños, que le asaltó un epiléptico ataque, al cual hubiérasele creído en trance de perder la vida sobre las tablas mismas del patíbulo y á los piés del cambiado verdugo.

Lleváronle de allí, no al calabozo, á rica estancia donde le tendieron con cuidado en mullido lecho. Al despertar de los terribles síncope consiguientes á la sacudida de sus nervios y á las convulsiones de su corazón, encontróse rodeado por todas partes de siervos regios que le ofrecían regios presentes y le cuidaban con excepcional esmero. Pero ¡ah! que tal cambio en su estado y situación, amargó más y más su alma, quebrantada por tanta suerte de penas horribles, y agravó más y más la enfermedad material de que languidecía y de que se acababa su cuerpo. Las telarañas del calabozo parecían á sus ojos estalactitas luminosas cuando las comparaba con aquellas estalactitas brillantes de colores varios, y perfumadas por pebeteros bien

olientes, pero en cuyos esmaltes de preciosas lacas, en cuyas figuras de complicadísima geometría tendíanse las telarañas donde iban prendidas las moscas venenosas que surgían como de un cuerpo muerto y podrido ¡ay! de la muerte y podre de su honra. Todo cuanto pudiese halagar los sentidos le rodeaba y todo servía para herirle con mortales heridas que le remataban, no el deleznable cuerpo, que le remataban el alma. Para mayor pena suya el bárbaro Venegas, por mandamiento del tirano Haccem, mandábale del serrallo baldío voluptuosas odaliscas, á fin de que despertaran á los sentidos de sus sueños, como si unos sentidos absortos en la contemplación de amada mujer; embargados por los efluvios de profundísimo afecto, pudiesen despertarse á ningún otro halago que no fuera el halago de la pasión única en cuyos piélagos se anega y en cuyos abismos se hunde, como para desaparecer, el corazón animado por un alma verdaderamente enamorada. Para Illán solo había en el mundo Isabel, que allí en el cautiverio representaba todos los objetos amados en la vida y perdidos en los azares de la guerra. Así, al hundirse la pasión aquella, se había hundido á sus ojos el ara y los altares de su Iglesia, el territorio de su patria, el hogar de su corazón, el puerto de sus penas, el refugio de su vida; y no le quedaba más asilo ni más puerto ni más asidero que la muerte. ¡Cómo devoraba el infeliz aquel negro pan de su mazmorra; mientras ahora no quería pasar ninguno de los manjares dejados á

la cabecera de su lecho en áureos platos para su regalo! ¡Con qué gozo bebía el agua de los manantiales al pie de las colinas de Granada; mientras ahora le daba náuseas el rico vino español escanciado en copas orladas de rica pedrería! La traición de Isabel notificada por el traidor Venegas, sacábale de quicio y le hacía creer en la decadencia de una patria que se levantaba tan alto y en la miseria de una raza que iba en aquel entonces á cumplir los mayores milagros de su historia. Pero así es de triste y desgraciada nuestra misérrima humanidad. Los diarios dolores, las impurezas continuas de una realidad amarga, los pequeños obstáculos que surgen á cada minuto como vapores mefíticos exhalados por los oleajes del tiempo, no les dejan ver á los grandes su propia grandeza; ni les dejan estimar la obra, donde cada día ponen una piedra diminuta, en toda su gigantesca excelsitud. Illán desconfiaba de su tiempo en los horrores de su dolor sin comprender cómo el mal, con tener tanta y tan terrible acritud cual tenía el sufrido y experimentado por su desgracia en aquellos momentos, el mal no resulta ni la totalidad de la vida, ni la totalidad de la naturaleza, ni la totalidad siquiera de las sociedades humanas; y que lo contrasta y que lo vence y que lo aventaja el bien y las consecuencias inmanentes del bien, cuya virtud trasciende á muchas generaciones y á muchos siglos en el inmenso seno de la historia. Mientras él se retorció en su lecho de dolores, encerrado como en jaula, en palacio árabe, ser-

vido por manos que le ofrecían y presentaban todas las delicadezas de la vida, pero al mismo tiempo todos los horrores del deshonor y de la vergüenza; mientras él veía su Isabel, dechado de todas las perfecciones, en los harenes de un moro, como vil esclava, como sensual odalisca, como torpe manceba, y á este pensamiento estallaba su cerebro y á este dolor se abría y rasgaba en tiras su corazón, el tiempo estaba preparando la grandiosa epopeya de la reconquista final, á cuyas grandezas, á cuyas heroicidades, á cuyas victorias habían como de agotarse los humanos esfuerzos y de tomar la historia el aire y el vuelo de las más extraordinarias epopeyas que hayan podido componer los poetas y escuchar los pueblos. Él padecía como aquel á quien le descoyuntan los huesos en el potro de los tormentos; él lloraba como puede llorar una débil mujer cuando su heroísmo excedía los límites de lo humano; él podía ver, en la traición de Venegas, y en el perjurio de Zoraya signos que de ningún modo tocaban á toda su raza; pero junto á estas desgracias y desventuras, debía descubrir las legiones angélicas de sobrenaturales héroes adelantándose á realizar allí, en los jardines de aquel Paraíso donde solo veían sus ojos una enroscada serpiente y á los piés de aquel palacio de la sensualidad lleno por un perjurio horroroso, el mayor de los milagros, la cúspide gloriosísima puesta por el esfuerzo español á la obra inmortal de nuestra gloriosa reconquista.

A pesar del estado álgido, en que la natural desesperación del joven castellano se hallaba por tantos y tan valederos motivos, siempre allá hervía, en su fondo leal y honrado, el horror invencible de todo corazón cristiano al suicidio y la esperanza de pelear y de morir por su religión y por su patria. En cuanto los primeros asaltos de la enfermedad física pasaron, los resortes enérgicos de la naturaleza moral volvieron á restablecerse, y el joven cristiano á pensar cómo le restaba aquí en el mundo solamente para consumir su vida en holocausto al Dios de sus mayores el empleo de todas sus fuerzas y la consagración de todo su sér á la guerra cristiana y santa contra el moro enemigo hasta desalojarlo del suelo de la Península y hundirlo por siempre jamás en los mares del África. No puede, sin embargo, desconocerse la índole de todo sér humano hasta el extremo de atribuir solo móviles religiosos y patrióticos al juramento prestado en aquella hora solemne por Illán de consagrarse á una cruzada perpetua. Grande su ánimo, clara su inteligencia, despegado su corazón de todo interés transitorio, su fe adscrita completamente á la religión católica, su cuerpo y su alma consagrada al terruño sacratísimo de la patria española, pero hombre al cabo, no podía excusarse de soñar con algún desquite que ablandara su dolor, y Granada se aparecía en aquel momento á sus ojos mucho más codiciable que antes, por guarida y reclusión de Isabel, que deseaba con anhelo abrir, á fin de buscarla en su seno

y tomar de ella y de su amante, cualquiera que fuese, la más terrible venganza. Tomaba en aquel momento por colmo de crueldad en Zoraya el haberlo salvado, porque si en su corazón un átomo de piedad tan solo aquella mujer sintiera verdaderamente, ¡oh! evítarale, aunque lo matara con sus propias manos, el verla correr á precipitarse gozosa en ajenos brazos; el oírle á Venegas los apuñaladores sarcasmos; el saber que vivía y gozaba de la vida como un premio á él por la deshonor de su amada: cosas todas, que, sin haber de contar siquiera el dolor de los celos, resultaban superior en amarguras á todas las agonías y á todas las muertes y á todos los infiernos. Así, en aquel estado terrible de su ánimo, Illán solo se curó de ver por dónde saldría de Granada, yéndose bien pronto á unirse con la cruzada de los Reyes Católicos en requerimiento de nuevo templo para su Dios, nuevas grandezas para su patria, y verdadera satisfacción para sí.

Él deseaba huir mientras Hacem y Venegas deseaban todavía más por su parte que huyera. Pero comprendían uno y otro que se hallaban por necesidad en el caso de aparentar deseo de retenerle para que no le costara tanto la gratitud por su libertad como le había costado de penas y dolores la gratitud por su vida. Illán, desconfiando ya de todo, celaba con cuidado las puertas, las salidas, los puntos de verdadera y fácil evasión, para ver si les interesaba ó no á sus carceleros que huyese y negarse así á una libertad otorgada y graciosa, como se hubiera negado á con-

servar con semejantes caracteres la vida si le fuese posible renunciarla por propia voluntad sin faltar á Dios y sin faltarse á sí mismo. Comprendiendo los dos caudillos de Granada cuánto les iba en que la fuga de Illán se perpetrase pronto sin aparecer ellos autores ó cómplices, continuaron rodeando al joven cristiano de cuantos atractivos podían ocurrírseles, y oprimiéndolo en términos de que no viese medio de salir y se persuadiera del interés que tenían ellos en su reclusión. Bien pronto se penetró el cautivo de que le tenían allí encerrado por toda la vida, y de que no le quedaba otro recurso sino ganarse la libertad por medio de meditada y presurosa fuga. Buscando en su ánimo las razones del fortísimo encierro y de la dificultad á evasión, cayó en estas dos arraigadas convicciones: primera, que Hacem, informado y advertido de sus anteriores hazañas, recelaba de volver semejante jefe y caudillo á las legiones cristianas; y segunda, que Zoraya, deseosa de no ver divulgado su deshonor entre los suyos, retenía al joven allí para que no supiesen los magnates de Andalucía y los ricos-hombres de Castilla la mancha indeleble de una rica-hembra. Después que tales ideas penetraron hasta las entrañas de su alma, ya no pensó más que en procurarse medio de salir para defender á su patria y cumplir su venganza. Incorporóse de la cama donde había yacido tanto tiempo tras sus terribles accidentes, y estudió las salidas varias de su encierro con grande cuidado y actividad. Cuando una esclava se iba, se-

guíala, tratando de ver si acertaba por algún medio á irse con ella y escaparse. Estudiaba con atención los pasos de todos cuantos iban allí por algunos motivos ó le servían de cualquier guisa en su cautividad. Pero las piedras del pavimento muy duras y compactas, las paredes muy espesas é impenetrables, las puertas muy pesadas, las rejas muy férreas, las celosías muy espesas, los cerrojos muy graves, las cerraduras muy complicadas, oponían obstáculos insuperables á todo conato y á todo propósito de fuga. Por consecuencia, Illán creyó que sus carceleros porfiaban mucho en retenerle, y acarició la idea de fugarse y huirse con verdadera invencible tenacidad, poniendo en ella el empeño, que, á fuer de castellano, ponía en todos sus intentos.

Pero no se dulcificaba su cautividad. Reteníanlo entre delicias sin cuento, como si los milagros de los cuentos persas se cumplieran y realizaran todos á una en la vida ordinaria. Los ajimeces, que sustentaban una guirnalda preciosísima, las aéreas rotondas ornadas de argénteas y celestes estalactitas, rompían á una en los cristales de colores y en los enverjados de oro la brillante luz diurna para condensarla después sobre los pavimentos de jaspes y las albercas de alabastro, resplandecientes cual esos globos que forma la luna llena en los cielos meridionales al subirse por los espacios celestiales con majestad tras las crestas donde se reverberan y purpuran los últimos reflejos del día moribundo, com-

puestos por los últimos rayos del sol poniente. Suaves músicas llevaban hasta sus oídos aquellas melodías árabes que anotan la vibración de los palmerales y de sus coronas, los susurros del manantial en el oasis, las voces del desierto, los ecos sonoros de la onda mediterránea cuando espacia su líquido celeste recamado por luces varias tanto de día como de noche allá en las áureas arenas de unas playas eternamente melodiosas y henchidas de inenarrable música. Todos estos halagos parecían al ánimo de Illán mucho peores que los tormentos de su anterior calabozo, aunque allí solo tuviera por lecho un montón de paja húmedo y podrido. Los placeres expresados por todos aquellos juegos de las fantasías orientales parecíanle á él en su desgracia y en su desesperación verdaderos sarcasmos. Un día, cierto descuido en la entrada de sus carceleros hizo que pudiera esquivar el cuerpo y creer llegada la hora de su libertad. Pero los centinelas le cogieron y le reintegraron por fuerza en aquella jaula hermosísima, cuya belleza incomparable solo servía para la terrible acrecentación de su martirio. Volvió, cuando ya se creía salvo, á caer en los abismos, y su dolor se asemejó al dolor del náufrago que toca ya con sus manos la nave donde se halla el salvamento y vuelve á hundirse con horror en los oleajes.

Así pasaron días y más días. Sus carceleros, á fin de distraerle y divertirle, idearon que le acompañara en su prisión alguno de los moros principales á quienes había conocido en sus conjuraciones,

perdonadas después del célebre arrepentimiento y del sacrificio de Gezar por la misericordia de Hacem. Estos jóvenes leían libros caballerescos tanto árabes como cristianos; hablaban de los sucesos corrientes según las consignas aceptadas; y le proponían partidas de ajedrez que duraban mucho y que rara vez divertían, á pesar de su duración y de sus complicaciones, al espíritu del joven muy encaminado y muy absorto en la intimidad profundísima de su insondable y único pensamiento. El preferido entre todos sus amigos era Mehul, uno de los que Gezar prefiriera en la conspiración y de los que más pronto á merced de Hacem se rindiera en el palacio, alcanzando por esta rendición mayores y más subidos premios que todos los otros, así como confianza mayor y más subida también del Sultán y de su privado. En virtud de tal confianza, encargáronle ambos que se diera trazas para proponer con mucho cuidado á Illán una partida solemne de caza, en la cual pudiera, sin que sospechase la coartada, partirse á su antojo para Sevilla y libertarlos de su presencia, pues mientras allí estuviese, había de atraer por fuerza con los cuidados múltiples de Zoraya los múltiples celos de Hacem. Convino Mehul en ello y puso las trazas imaginables para evitar toda sospecha y hacer con grandísima verdad y acierto la fingida comedia. Primeramente, una vez ganada la confianza de Illán, refirióle mil burdas novelas, á cual menos verosímil, sobre su cambio de suerte y sobre su aquella extraña situa-

ción y estado, novelas dichas con un candor de verdad solo comparable al despego y al descreimiento con que Illán las escuchaba por su parte. Decíale que, al distribuirse los despojos de la fácil victoria, el caudillo había ido en suerte al hermano del Sultán conocido con el nombre de Zagal, y éste le había destinado, primero al patíbulo y después á la cautividad, cuando llegó á enterarse de que Illán era hijo de un caballero cristiano á quien él debiera la vida por haberlo perdonado pudiendo rematarlo en cierto singular combate. El movimiento entrevisto por Illán, el movimiento de lanzarse con los brazos abiertos Zoraya en ademán de gratitud, no se debía en el fondo á otra cosa, sino al indeliberado deseo de arrojarle á los pies del Sultán para darle gracias por haber devuelto la vida en aquel instante al joven preferido de su corazón, que jamás renunció ni podía renunciar á sus predilecciones por Illán. Oía éste, como es natural, cuanto le murmuraban al oído en tales materias, pero no creía como era natural, en su estado también ¡oh! ni una sola palabra. Pero Mehul, después de contarle todas estas cosas, contábale muchas otras respecto de lo porvenir. Si el Zagal, su dueño, no le daba libertad, consistía en el propósito firme de retenerlo y reservarlo para un canje posible de los rehenes varios en aquellos encuentros continuos tan expuestos á mutuos apresamientos y cautiverios. Pero, así que hubiese un árabe de mucha cuenta que canjear, el Zagal ¡oh! lo canjearía por

Illán, dándole á este libertad y patria. Illán, por su parte, oía, y aun escuchaba estas historias, pero sin prestarles ningún asentimiento. El amor, que guarda tantas y tan grandes revelaciones para los iniciados en sus misterios sublimes, habíale revelado la verdad entera de su caso, diciéndole como Zoraya, en realidad, había comprado la vida de Illán á cualquier moro principalísimo, quizás al mismo Hacem, á cambio de los favores de su amor. Pero si en esto la revelación no le marraba, marrábale mucho en las explicaciones dadas por su propio pensamiento á su mísero estado. Al llegar aquí, volvía con empeño á sus anteriores acuerdos y pensaba que Zoraya no quería la libertad del joven cautivo por miedo á la deshonra propia; y que Hacem no quería la libertad del joven guerrero, por fundado recelo de cuanto pudiera hacer su valor y su brazo en los esfuerzos y en los empeños varios de la guerra. No comprendía el cuitado que Zoraya, resuelta del todo después de haber tropezado y caído á quedarse allá en los senos de su nueva patria, no podía temer á un deshonor que difícilmente había de penetrar en los retirados rincones de su haren; y que á su vez el Sultán, comprometido á conservarle fielmente la vida con cuya conservación Zoraya cohonestaba mejor que con ningún otro pretexto la torpeza, tenía verdaderamente prisa de lanzarlo fuera, dándole su libertad sin que pudiera él nunca sospechar que se la concedía por motivos idénticos á los que le impulsaran ayer á

concederle también la vida. Pero Hacem estaba como todos los verdaderos amantes aquejado mucho del mal de los celos, y la presencia de Illán en el palacio, sólo servía para fomentarlos y recrudecerlos. Así es, que apremiaba mucho el Sultán á Mehul para que arreglase la inminente partida de caza con tal que no cayese de ningún modo el joven cristiano en las causas varias que la movían y la determinaban. Mehul siguió las instrucciones dadas por Hacem con la fidelidad y exactitud propias de un verdadero siervo y tales trazas y tales mañas supo darse para cohonestar el debido arreglo, que no infundió en el joven cristiano, completamente deslumbrado, sospecha ninguna de que pudiese allí tratarse únicamente su propia libertad.

CAPÍTULO VIII.

Los libertadores forzosos de Illán habían arreglado la caza en tales términos que á la primera salida no se verificase ni se pudiese verificar la fuga, con ánimo y objeto de quitar al caudillo cristiano toda sospecha. Pocos pueblos presentan las cacerías y las cazas tan ordenadas por la costumbre, como el pueblo musulmán. Todo cazador debía purificarse allí para emprender una partida verdadera de caza. En medio del tumulto que trae consigo esta batalla con los animales, guardaban los respetos debidos á las diversas jerarquías, y ningún subordinado se hubiese atrevido á disparar sus arcos ó sus arcabuces antes que los superiores en mando, y ningún joven tampoco antes que los viejos. Las insolencias y las jactancias estaban prohibidas, porque, según los dichos de sus doctores, al valor le sienta como á ninguna otra cualidad en el mundo una corona de modestia. Todo valiente debe guardar un